

Rumiando un misterio que se hace entrega en la Última Cena

Los días que van desde la tarde del Jueves Santo hasta la del Domingo de Pascua, constituyen el triduo "de la muerte, sepultura y resurrección" del Señor. Son una sola celebración que se desarrolla en tres días distintos. El momento cumbre es la Vigilia Pascual que tiene lugar en el corazón de la noche, en la que se anuncia y se celebra la resurrección de Jesús.

El Jueves Santo, el pueblo cristiano es convocado, cuando el sol ya va de caída, para celebrar «...la Cena santísima en la que tu Unigénito, cuando iba a entregarse a la muerte, confió a la Iglesia el sacrificio nuevo y eterno y el banquete de su amor...» como así se afirma en la oración colecta. La expresión «santísima» hace referencia a la grandiosidad y la importancia que esta celebración tiene. Nos remite al capítulo 13 de San Juan. Téngase en cuenta que la palabra "santísima" alude a otras dos noches solemnes del año litúrgico: la noche de Navidad y la noche de la Vigilia Pascual.

Tres aspectos podemos distinguir en la

celebración del Jueves Santo; la Última Cena del Señor con sus apóstoles.



a) La cena pascual hebrea: memorial -recuerdo actual y actualizante- de la salvación obrada por Dios en el éxodo. Aquella cena era un anuncio de la que iba a instituir Jesús. La lectura primera del libro del Éxodo es una clara referencia.

b) El prefacio de la Misa de este día (I de la Santísima Eucaristía) relata cómo el Señor quiso que los gestos que él iba a realizar en el marco de aquella cena: tomar, bendecir, partir y dar el pan, fuesen memorial perpetuo de lo que acontecería al día siguiente en la cruz. La antífona de entrada «Nosotros hemos de gloriarnos en la cruz...» nos ofrece ya, desde el inicio celebrativo, el contexto claro de la misma.

c) El lavatorio de los pies reproduce la entrega del Maestro en la cruz: simboliza su total abajamiento y recuerda su «mandato» de amor fraterno.

Este gesto del Señor interpreta su pasión como un don de amor; un servicio que realiza a sus discípulos a fin de indicarles el camino que han de seguir. En él se revela el misterio de Dios.

Si se quiere comprender la revelación cristiana, en lo que Jesús hace, tendremos la clave necesaria.

La celebración del Jueves Santo es, como se recoge en la oración colecta, «...el banquete de su amor...». Los Evangelios insisten en el hecho de que el Señor se entregó por amor a todos los hombres. El vino a enseñar a la humanidad lo que es amar, y que no se puede amar verdaderamente sin entregarse: "Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella" (Efesios 5, 25). El amor, si es verdadero, siempre va envuelto en "las telas" del sufrimiento.

La adoración que sigue a la celebración es una invitación a interiorizar todo lo que se ha vivido en ella. Adorar es amar el misterio celebrado





San Ambrosio llama a este día de Viernes Santo «*día de amargura*». Ante el misterio del dolor y de la muerte de Cristo, la Iglesia inicia la celebración siguiendo esta indicación: «*El sacerdote, y el diácono si lo hay...se postran rostro en tierra...y oran en silencio durante algún espacio de tiempo*». El protagonista es el silencio que en la liturgia no es una ceremonia; es una invitación a estar disponibles a la acción del Espíritu; de ahí que, cuanto más profundo es el misterio que se celebra, más grande ha de ser el silencio que se guarda.

La oración, fruto de este silencio que se hace invocación al Espíritu Santo, es una invitación, ya desde el inicio de la celebración, a una contemplación agradecida de la obra redentora realizada por Cristo.

Frente a un misterio que sobrepasa, que deja mudo, el cuerpo puede hablar: lo hace doblando la rodilla ante la cruz y al dar un beso al madero sin decir nada, cada bautizado ratifica en su corazón la Alianza eterna fundada en la Sangre del Cordero: Cristo Je-

sús.

En ella se descubre el sentido de la alabanza. Mirándola, el pueblo cristiano se estremece al tomar conciencia de que «*por el madero ha venido la alegría al mundo entero*».

La dinámica celebrativa de este día ha de ser contemplada desde la pasión:

- a) **Pasión proclamada** (las lecturas de la palabra de Dios que llegan a su culmen en la pasión según San Juan).
- b) **Pasión invocada** (oración universal que manifiesta la universalidad de la salvación).
- c) **Pasión adorada** (adoración de la Santa Cruz).
- d) **Pasión comulgada** (Comunión con el Cuerpo del Señor consagrado el día anterior). Es el día de la cruz por excelencia; el leño nuevo que, en contraposición al del paraíso, es causa de salvación, de modo que «*donde tuvo origen la muerte, de allí resurgiera la vida, y el que venció en un árbol, fuera en un árbol vencido*»

Toda la celebración de este día es una memoria de la muerte pascual de Cristo.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo
Jueves Santo-Viernes Santo



Un texto para guardar en la memoria del corazón

“Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.